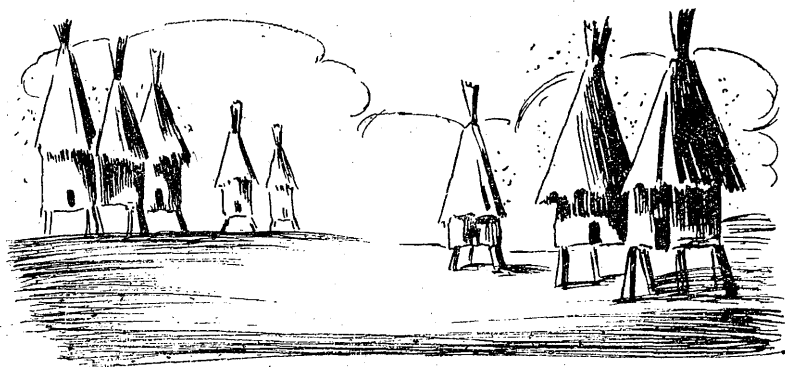


# HERMANDAD DE LA CIUDAD Y EL CAMPO



## Los enjambres de abril

POR MARÍA ESTREMERÁ DE CABEZAS



SIEMPRE ha sido una de las más serias preocupaciones de los apicultores la salida de enjambres de las colmenas. Antiguamente, cuando se tenían respecto a las abejas tan sólo unas nociones vagas y no siempre acertadas, constituían el único medio de aumentar el colmenar y, en consecuencia, se esperaban con verdadero anhelo, escrutando cada día el aspecto del firmamento, sus nubes, la temperatura, la mayor o menor impetuosidad del viento y la aparición de las flores en el campo para deducir con las mayores probabilidades de aciertos cuál podría ser el momento en que arrancara de alguno de los peones el turbulento haz de insectos zumbadores.

Refranes y consejas, preceptos más o menos atinados referentes todos ellos a la ocasión y condiciones de la marcha del tropel de abejas en busca de un nuevo alo-

jamiento, se repetían de continuo durante las tertulias familiares, y todos los individuos que la componían se interesaban por igual en la esperanza de que tales marchas se realizaran y en la segura captura de los grupos fugitivos.

Actualmente, en la explotación bien orientada y partiendo de conocimientos científicos, seriamente comprobados, el aprecio del enjambre ha variado mucho, y, lejos de estimarle y apetecerle, se le considera como una perturbación seria, por estar individuos a la colonia de donde parte, o, lo que es lo mismo, obreras dispuestas al trabajo en el momento más importante, cuando las flores ofrecen néctar abundante y pueden llenarse de miel los panales, brindando al colmenero recolección capaz de producir en el mercado buen ingreso metálico, pero el enjambre ha causado una muy sensible reducción de tales aportaciones, y en el cuaderno de